

Carlos Préndez Saldías

Viñetas de los cerros

PIEDRA SONORA.



IRIASE el canto agónico de un pájaro sumergido en esa piedra que suena bajo el puente de cimbra.

Las piedras grandes que la cercan apenas dejan pasar el agua correntosa, y un hilo blanco de espuma hace la inquietud juguetona de la piedrecilla que canta.

El río, pobre en este otoño sin deshielos, hará que bajo el puente de cimbra sea rondel persistente la fresca palabra humedecida. Y cuando llegue el verano—que hará más viejos mis ojos y mis sueños—acaso estará perdida para siempre—el agua con la riqueza de la nieve muerta—la sumergida canción de pájaro agónico.

CORREO.

Trota que trota en su caballejo tordillo, a mediodía aparece en el villorrio Juan, el cartero.

Sin apearse, tira por la ventanilla de la estafeta el diminuto envoltorio de la correspondencia, y endereza su trote interminable hacia los pueblos de la costa.

Llegan diariamente tres publicaciones de la capital—para la maestra, el gringo del almacén y la gerencia de la Mina—y una que otra carta.

Las cartas de amor, que en todos los correos del mundo se reclaman con ansiedad, no tienen aquí corazones que las aguarden. Los amores no salen de la comarca, estrechados entre los cerros, junto al río que les canta.

El beso entre los maizales, la caricia sorpresiva a la pastora que cada atardecer junta su rebaño, gritándolo desde el faldeo, no necesitan los servicios de Juan, el cartero.

GARÚA.

Incolora, menuda, cae sobre los cerros verdegueantes, haciendo pardos los senderos blancucinos, una garúa que refresca. Tan débil es, y tan acariciadora, que los pájaros siguen su vuelo sin destino, persiguiéndose y cantando en una alocada ronda sin fin.

El rebaño de cabras bordea las peñas del barranco, trepando siempre, y el niño pastor que lo sigue hace girar entre los dedos una fina rama de membrillo, mientras silba y silba los aires querendones de una canción lugareña.

Toman el camino de la vertiente dos mozas que llevan sus cántaros al agua y cortan, sin detenerse, las florecillas que azulean, para arrojárselas una y otra a la cara, entre risas y pasos esquivadores.

A la puerta de la cabaña que me acoge, entre la colina verde de sauces y de acacias, miro este paisaje que amanece con su garúa transparente, y me duele en el corazón la inútil aspereza de la vida ciudadana.

ÁGUILAS.

Tres águilas caudales echan la sombra de sus alas extendidas sobre el pequeño valle que apenas tiene sol.

Recogen su vuelo las lloicas y los gorriones, temerosos de ser cogidos entre las garras dominadoras, y se posan en el quillay sin corteza que va muriendo lentamente junto a la casona de la vieja Rosario.

Revolotean las tres águilas en amplios círculos, oteando el bajo de trigales y de huertos, y cuando el sol se pierde tras de los últimos cerros, siguen el cajón del río.

La vieja Rosario, que mira junto a sus nietecillos las escaramuzas carnívoras de los pájaros voraces, les dice, con aire de convicción y de profunda sabiduría: —Las golosas se fueron porque cayó la tarde, y no les gusta comer sino en campos con sol.

PESCADORES.

Ayer tarde aparecieron en el hotel. Altos y flacos los dos rubios y colorados, él viste traje de golf, de color indefinible, y ella una falda gris, corta y amplia, y un blusón amarillo. No lleva medias, y lucen sus piernas una tupida pelusilla crespa.

Desde antes que rayara el sol están a la orilla del río, sentados en las piedras, distantes el uno del otro, con su caña de pescar.

Llevan cuatro horas a la espera de un salmón que no pica, y no se miran ni se hablan. Es el rito del pescador gringo en las aguas chilenas.

Los chiquillos del lugar los miran desde el camino, cuchichean y se ríen. No comprenden, en su rudeza de labriegos, las delicias de sus afanes.

Cuando el sol cae a plano sobre el valle los extranjeros suspenden su tarea y regresan al hotel. No llevan pesca, pero no importa.

Almuerzan y parten en automóvil, para hacer doscientos kilómetros en la tarde. Y hasta el otro domingo.

NOCHE.

Sobre los cerros y las aguas cayó la sombra. Antes de juntarse los dos ríos, el Blanco y el Juncal, dan a la noche sin estrellas la distinta canción de sus neveras. Una es diáfana, cristalina; ronca y sin compás la del río pedregoso. Cada una dice la palabra de la montaña en que naciera, y juntan su melancolía y su fiereza en un alocado ritmo de turbión.

Lucecitas miserables queman la noche en los hogares montañoses, y llora un niño en la casa del pastor. Su queja aguda rompe el velamen nocharniago.

Evoco los nocturnos marineros del Africa ardorosa; la hora de sombras en la campiña de Italia, y siento más en el corazón la noche de estos cerros. En ellos están, inmóviles y absortos, los ojos de mis muertos.

BARBECHO.

Bueyes alazanes tiran del arado enmohecido que el labriego hunde en la colina con su brazo potente. Un surco rojizo abre el acero que desgarrar, y el grito del arador, azuzando los bueyes, penetra en la tierra que palpita.

El sol mañanero quema la palabra en la colina abierta, y la voz del labriego, saturando la tierra que hará fruto la semilla, dará sus vibraciones humanas a la espiga ondulante.

CRIMEN.

Ya no aviva la fragua ni golpea los hierros enrojecidos sobre el yunque sonoro. Martín, el herrero, ha muerto.

Desde ayer tarde hay sombra y silencio en la herrería del lugar. Quedaron en la bigornia algunas herraduras, y el negruzco delantal de cuero está tirado sobre el fuelle que ya no respira.

El carboncillo que fué llama, cubre la tierra del taller, y se ven entre la ceniza las huellas de los postreros pasos que dió el herrero cuando saliera hacia la muerte. El puñal del pastor le acechaba en el recodo del camino, antes de llegar al puente, y le abrió las anchas espaldas en venganza de viejos desaires mujeriegos.

En el atardecer de los cerros nadie vió la escena vengativa. Y ahí quedó, tendido a lo largo del camino real, fija en el cielo la indecisión de sus ojos, tras el pájaro que cruzó por el alto.

Hay un temblor de alas huidizas en sus pupilas sangui-nolentas.

ENTIERRO.

El ataúd de álamo sin pintar va en hombros de cuatro labriegos. Por entre las tablas mal ajustadas asoman unas tiras de percal rosado con que la esposa cubriera los pies del herrero.

Caminan junto al río los cuatro labriegos, y les siguen todas las gentes del lugar. Los rapazuelos se adelantan a sus padres y miran desde cerca, rozando casi a los que llevan la carga, el ataúd que cruje interminablemente. Se hace largo el camino, entre los rezos de las mujeres y el lloriqueo pertinaz de la viuda. Ya llegan al bajo, y hay que subir la empinada cuesta del cementerio parroquial.

Los hermanos del difunto cavaron de amanecida la fosa que habrá de recibirlo, y están esperando que llegue el cortejo. Fuman y fuman, en silencio.

Queda en el hueco el ataúd, y cuando le han arrojado siete paladas de tierra se adelanta la esposa y echa siete raíces de espino que todavía no dió flor. Es la superstición de la comarca para que la mujer sin marido no tenga hijos en la viudez.

NORIA.

Entre los álamos, abandonada de los hombres, está la noria sin agua. Su boca trágica, adonde otrora llegaran cantando las

mujeres del caserío que murieron de viejas, muestra la negrura de su fondo reseco, y hace pensar en la fosa de un gigante a quien fueran a enterrar de pie.

No hay recuerdo de haber mirado el agua de su entraña. La madre del pastor, con los ojos comidos por las cataratas, cuenta que antes de cegar, cuando empezaba a ser niña, oyó que una noche de luna cantaban los sapos en el fondo de la noria. Era un canto desmayado, con la sordina de los agonizantes y asegura que esa noche brotaron de la tierra las últimas gotas de agua.

Para dañar la siembra de los enemigos hay que arrojarles al campo tres puñados de tierra sacada desde el fondo de la noria muerta, una noche sin luna.

REBAÑO.

Una nube blanca, blanca, está sobre el último cerro, y finge un manchón de nieve que no ha caído. El crepúsculo hace violeta la montaña más alta, y las colinas que rodean el valle, verdes por los sembrados que todavía no maduran, son el remanso en este horizonte de piedras.

Una polvareda que enturbia la lejanía se mueve en el camino real y avanza hacia el caserío. Es el rebaño que vuelve porque no halló mercado en la vecina ciudad empobrecida. Inició con el alba el desconsolado viaje de retorno, y trae el crepúsculo en la nube de polvo que le sigue.

El pastor encierra sus corderitos blancos y cansados, y entra a la choza que le aguarda.

Cae la noche en el valle. Se enciende la lumbre en los hogares montañeses, y queda vagando en los caminos nocturnos la tristeza de los cerros.

LA ADIVINA.

Flaca, angulosa, viven pendientes de sus labios las esperanzas de todo el lugar.

Por unas cuantas monedas dice la buenaventura o la desgracia, con esa voz aguda que hiere aún cuando presagie la cosecha óptima o las abundantes crías del ganado pobre.

No se echan cabras a los cerros sin que ella indique la faz de la luna que les será propicia, y no se hace la miserable siega de cada año antes de que la adivina haya dicho su palabra.

La han visto, pasada la medianoche, atravesar el puente de cimbra para consultar los vientos cordilleranos desde las dos orillas, y alguien jura que levanta una hoguera de hierbas olorosas cuando nace un niño en la comarca para que no abandone la querencia cuando sea hombre.

Presagia amores apasionados y una resignada pobreza invariable. Pero no quiso decir sus destinos al poeta forastero—Ud. se irá, y yo no podré atestiguar si se cumplen mis anuncios...

CABRAS NEGRAS.

El cerro está amarillo de sol y hierbas secas.

Cuatro lunas de sequía agrietaron las vereditas que lo trepan, y son más blancas—senderos casi de nieve—entre el amarillo que rebalsa. Suben y suben, hasta las piedras de lo alto, y se hacen grises cuando atraviesan la quebrada. En la tierra sin malezas se pintan de ceniza las vereditas de nieve.

Dos cabras negras están en el relumbrante peñasco rojizo. Miran la verdura del valle que dejaron, en su instinto bravío de no ramonear sin afanes.

Inmóviles, seguras de que ganaron la cumbre lejana, muerto el deseo que fué conseguido, dejan que los vientos encontrados peinen y despeinen su negrura trepadora.

POETA.

Para las pobres gentes del lugar soy el poeta que no olvidan. Año tras año, desde hace diez, traigo a la cordillera mi fatiga de la ciudad, y veo siempre dos lunas nuevas entre los cerros.

Amigo de la viejecita que ordeña cabras y de los pastores que ya no tienen rebaño, todos saben de mi vagancia en las quebradas y de mis siestas junto al arroyo, recostado siempre en la misma piedra blancucina.

Me ven escribir en la pequeña libreta de apuntes, a la sombra de cualquier árbol, y me dicen desde lejos.—¿Está escribiendo los cantos para que no se le olviden? ¿Qué no tiene memoria?

Sonrío a su ingenuidad cariñosa, y les llamo con afecto.—Cántenos alguna cosita... Y cuando les respondo que sólo escribo versos y que no sé cantar, me dicen, desencantados:—El viejo Venencio, el que se fué para el lado de que no se vuelve, cantaba todo lo que componía. El sí que era poeta...